



## HOMILÍA DEL SR. OBISPO DE OSMA-SORIA MONS. GERARDO MELGAR VICIOSA

---

### Homilía en la festividad de la Virgen del Carmen Iglesia del Convento del Carmen (Soria) – 15 de julio de 2011

Queridos PP. y MM. Carmelitas,  
queridos hermanos todos, devotos de la Virgen del Carmen:

Pocas advocaciones de la Santísima Virgen han calado con tanta profundidad en el alma de los creyentes a través de los siglos como ésta que hoy celebramos, la de la Virgen María bajo la advocación del Monte Carmelo, la Virgen del Carmen.

Desde que en el S. XIII la Madre de Dios se apareciera al superior general de los carmelitas y le entregara el hábito y el escapulario, la devoción a la Virgen del Carmen se ha ido extendiendo por toda Europa, siendo España una de las naciones donde pronto esta advocación mariana fraguó con una especial devoción. Así sucedió, por ejemplo, entre los hombres y mujeres del mar, que la tienen por su fiel protectora, o en la Marina Española, que la invoca como su patrona, pues María es la Estrella de los mares. Sí, la Santísima Virgen María es muy querida por los que dedican su vida a la mar en tantos campos y es admirada por todos los discípulos de su Hijo porque ella es, como decía, la Estrella del mar que ilumina el camino, el faro seguro que conduce a Cristo, Puerto de salvación. Por eso, María siempre es para nosotros, queridos hermanos, luz en nuestro caminar, destello luminoso y seguro que nos orienta hacia Cristo, Meta y Puerto de nuestras existencias.

Esta tarde queremos acercarnos a ella implorando su protección maternal. Os invito a hacerlo de la mano de uno de sus grandes devotos: nuestro beato Juan de Palafox y Mendoza, cuya solemne Ceremonia de Beatificación tuvimos la inmensa dicha de contemplar el 5 de junio de este año. No es desdeñable, en este sentido, la profunda relación que el beato tuvo con la Orden del Carmelo, de tal manera que a ellos incluso les legó lo poco que tenía a su muerte: unos libros y unas deudas.

La Virgen María tuvo y ocupó un puesto central, de privilegio, en la devoción y en la vida espiritual de Palafox. Durante todo su episcopado, él tuvo un gran interés en extender entre los diocesanos de la Sede de Osma la devoción a la Señora y al rezo del Santo Rosario, tanto en los templos como en las familias; así lo hizo inculcando esta devoción a los capitulares de la S. I. Catedral, la primera de las iglesias de la Diócesis, tratando de extenderlo a las casas de las gentes sencillas.

Sabemos bien que Palafox dedicó al rezo del Santo Rosario una de sus más importantes Cartas pastorales como Obispo, afirmando del mismo que era una devoción sencilla, fácil y que, por lo mismo, *“es dulce y eficaz, da confianza a los fieles y les lleva a rezar y a ponerse bajo el amparo de María para conseguir los medios temporales y eternos”*. Él mismo, meditando en torno a los misterios del

Rosario, se expresaba de esta manera tan sencilla: *“Lo mismo que los misterios se dividen en gozosos, dolorosos y gloriosos, así ha de vivir el cristiano su destierro en esta vida hacia la Patria eterna: caminando humilde y devotamente por el gozo, la frescura y la alegría de las virtudes; entre las espinas de las tribulaciones, trabajos y penitencias, para llegar a gozar en el Cielo de las flores y el consuelo de la visión beatífica”*.

En su Carta también se detiene a reflexionar sobre los tres fines del Santo Rosario: *“Alabar a María, digna de toda alabanza”* pues en el Rosario alabamos a la Virgen por todo lo que es y lo que Dios ha hecho en ella, la piropeamos, podríamos decir; *“valerse de su ayuda y de sus obras, como dignos siervos suyos”* ya que le pedimos a través de las cincuenta avemarías que ruegue por nosotros siempre, en el momento presente y en la hora de nuestra muerte; y, en tercer lugar, *“meditar y tener presentes los misterios de la vida, muerte y resurrección del Señor y de su Santísima Madre para imitarle en sus virtudes”* consiguiendo así que los misterios del Rosario nos recuerden los misterios principales de la vida de Jesús, su entrega salvífica por nosotros y su resurrección, y cómo en todos ellos participó también María demostrando obediencia, entereza, disponibilidad, servicio y amor, motivos por los cuales constituye para nosotros el mejor modelo a imitar.

Como hemos referido, Palafox fue un gran amante de la Virgen y del Rosario. Tanto es así que, a su llegada a la Diócesis, muestra al cabildo catedralicio dos propósitos: propagar la devoción a Santo Domingo de Guzmán, al que denominó “patriarca del Rosario”; y, en segundo lugar, colocar una imagen de la Virgen encima de la puerta de entrada al coro para que presidiera la oración comunitaria del Oficio divino. Ambos proyectos se cumplieron.

Ahora bien, al contemplar emocionados la enorme devoción y el gran cariño que el beato Palafox tuvo por María Santísima podemos preguntarnos: ¿qué vio de extraordinario y atrayente Palafox en María? La respuesta es clara: un modelo de vida cristiana para todos los cristianos de todos los tiempos; el icono a quien debemos mirar en todo momento para empaparnos de sus virtudes, vividas en profundidad y con enorme riqueza.

En efecto, en la Santísima Virgen encontramos a la Madre que se preocupa y atiende las necesidades de sus hijos; por eso, él constantemente recurría a ella. Hallamos un modelo de escucha ya que ella estuvo siempre atenta a lo que Dios le pedía, escrutando con verdadero interés y disponibilidad la voluntad divina. Además, en María Santísima tenemos un modelo de disponibilidad total a lo que Dios le pedía, por encima de sus propios planes; un modelo de obediencia plena a las propuestas de Dios (recordemos emocionados su respuesta al ángel: *“He aquí la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra”* -Lc 1, 38-); un ejemplo de fortaleza ante la dificultad, acompañando en todo momento a su Hijo, incluso cuando es condenado como un malhechor, manteniéndose firme junto a la cruz de Jesús para sostenerlo y confortarlo; un modelo, en definitiva, de amor a Dios y a los hermanos.

Por todo ello, queridos hermanos, la vivencia de María de las virtudes referidas debe ser un estímulo para nosotros y nos debe mover a imitarla en

nuestra vida creyente. En efecto, nosotros también debemos saber escuchar a Dios, porque Él tiene su plan de amor para cada uno; debemos mostrar disponibilidad a lo que Dios nos pide, obedeciendo confiadamente sus propuestas y llamadas; debemos saber encontrar en Él la fortaleza necesaria para seguir su voluntad en cada momento de la vida; y, especialmente, debemos aprender de ella la capacidad de amar a Dios y a los hermanos.

Queridos todos: miremos a María para *empaparnos* de su forma de vida y, así, tratar de imitarla. Acojámonos bajo su manto, expongámosle nuestras necesidades, sabiendo que ella, como buena Madre nuestra, nos atenderá y nos conseguirá de su Hijo lo que más necesitemos en cada momento para nuestra salud espiritual. Que así sea.

✠ Mons. Gerardo Melgar Viciosa  
Obispo de Osma-Soria